



ESCUELA DE CATEQUISTAS / FORMACIÓN PERMANENTE
Diócesis de Alcalá de Henares

LA SAGRADA ESCRITURA EN LA CATEQUESIS

Tema 1:

EL PUESTO DE LA SAGRADA ESCRITURA EN LA CATEQUESIS Y LA UNIDAD SUSTANCIAL DE LA BIBLIA

I. EL PUESTO DE LA SAGRADA ESCRITURA EN LA CATEQUESIS: BIBLIA, FE APOSTÓLICA E IGLESIA

La Sagrada Escritura tiene un puesto fundamental en la Catequesis de Iniciación Cristiana. Intentemos explicarlo:

1. Para entender ese puesto partamos de la *finalidad de la catequesis de Iniciación*. ¿Cuál es el fin que perseguimos en la catequesis?: Llevar al hombre, desde una fe inicial muy primaria, incluso desde el desconocimiento absoluto de la persona de Jesucristo, a la comunión verdadera con él.
2. Digamos ahora qué *elementos son necesarios* para que una persona llegue a la comunión con Cristo.

Son dos elementos que van de la mano: *la fe y la celebración de los sacramentos de la Iniciación Cristiana*. Fe y sacramentos de iniciación: este es el binomio que permite al hombre alcanzar la comunión con Cristo y, por él, con la Trinidad. Ahora no podemos pararnos a ver cómo se conjugan estos dos elementos que, siendo diversos, van siempre de la mano. Simplemente quiero dejar esta afirmación como un principio fundamental que no debemos olvidar: **el hombre alcanza la verdadera comunión con Cristo y, por él, con Dios Uno y Trino, por**

medio de la fe y la celebración de los Sacramentos de la Iniciación Cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía).

3. Digamos ahora *las acciones que debe desarrollar la Iglesia* para que el hombre pueda dar fe y celebrar los sacramentos, y llegar así a la comunión con el Dios Trino: Son básicamente tres acciones que se complementan entre ellas: la catequesis, la liturgia y la hospitalidad cristiana:

- *La hospitalidad cristiana*, que es la oferta de una compañía cotidiana y real en la persona de los catequistas, de los sacerdotes y de otros fieles. Y es que la Iglesia solo puede mostrar a Cristo acogiendo al hombre en su propia casa y solo puede dar a Cristo dándose a sí misma. El don de Cristo es un don personal y solo se puede ofrecer y recibir en el darse de la Iglesia a través de sus miembros concretos. El método de Cristo para darse a conocer a los que se interesan por él sigue vigente: «Venid y lo veréis». En el marco de esta relación, de esta hospitalidad, la Iglesia ofrece la verdad de Dios y la gracia de Dios, con las dos acciones que vienen a continuación: la catequesis y la liturgia.
- *La catequesis* es sobre todo un “enseñar”, un mostrar la verdad de Dios por medio del testimonio y de la palabra del catequista.
- Por su lado, *la liturgia* es la acción de la Iglesia y de Dios donde Él da su gracia con una eficacia que no es comparable a ninguna otra de las acciones de la Iglesia. Antes de terminar el proceso de la iniciación cristiana, o en su desarrollo, ya es necesario que los que quieren ser cristianos puedan participar en la liturgia de la Iglesia, según su propio ser: ya como catecúmenos, ya como bautizados; ya como niños o como adultos.

Por tanto, entre las acciones que debe desarrollar la Iglesia para que el hombre pueda dar fe y celebrar los sacramentos de la Iniciación Cristiana, la catequesis tiene la misión de enseñar y educar, de mostrar la verdad sobre Dios y enseñar al hombre a acoger de forma vital esta verdad, es decir, enseñarle a *dar fe*. La catequesis es, por tanto, fundamentalmente un servicio a la fe.

4. La pregunta siguiente es: ¿cómo se muestra la verdad? Esta pregunta es fundamental para entender la importancia y el lugar de la Escritura en la Catequesis. Algunos pueden decir: «Si Dios ha dicho quién es Él a lo largo de la Historia de la Salvación, entonces mostrar la verdad de Dios ha de consistir sencillamente en contar esta misma Historia, es decir, poner al hombre frente a la Escritura». Esta primera respuesta tiene su lógica. Pero también otros pueden decir: «La verdad que Dios ha revelado a lo largo de la Historia de la Salvación no es otra que la fe de los Apóstoles, que ha quedado luego compendiada y estructurada en el Símbolo de la fe y en las explicaciones que la Iglesia ha hecho de ese símbolo, en los dogmas y, por ejemplo, en el Catecismo. Por tanto,

el mostrar la verdad de Dios ha de consistir sencillamente en explicar el Símbolo. Y el Catecismo es eso básicamente, la explicación del Símbolo». También esta segunda respuesta tiene su lógica. Pero entonces, ¿con qué respuesta nos quedamos?, ¿qué debemos hacer en catequesis: enseñar el Símbolo y su explicación, el Catecismo, o enseñar la Escritura? Para responder a esa pregunta es necesario entender que tanto la Escritura, por un lado, como el Símbolo (y con él otras piezas clásicas de la catequesis, como el Padrenuestro, los Mandamientos y los Siete Sacramentos) hacen referencia desde dos puntos de vista necesariamente complementarios a la misma Verdad Revelada, objeto de la catequesis.

- Pero antes de seguir adelante con la explicación quiero poner ante vosotros un caso concreto que nos ayudará a darnos cuenta de que lo que decimos no es una mera cuestión de palabras.
- Pongámonos con la imaginación en la escena de Jesús crucificado en el Gólgota. Un hombre desnudo y destrozado muriendo de forma horrible. Y alrededor de él mucha gente, de muy distinto pelaje. Al menos tres tipos de personas están alrededor de Jesús.

Pensemos primero en los romanos: ¿qué verían ellos en el hombre que está crucificado? Sencillamente verían a un criminal que recibía la paga de sus crímenes. Y tal como nos cuentan los evangelios, lo mirarían con desprecio (se reparten sus vestidos, se echan a suertes la túnica...).

Vayamos al segundo grupo: el de los judíos observantes, es decir, celosos de las tradiciones del viejo Israel y conocedores de la Escritura. ¿Qué verían ellos? Un hombre que cuelga de un madero, fuera de las murallas de Jerusalén, con la condena del Sanhedrín... es decir, a un hombre maldecido por Dios: «maldito el que cuelga del madero».

Vayamos a un tercer grupo: el de los Apóstoles. Es muy posible que en los Apóstoles aflorara el mismo pensamiento que tenían los anteriores, al contemplar el terrible espectáculo y recordar el hecho de que estaba muriendo colgado de un madero, fuera de las murallas, y con la condena del Sanhedrín. Sin embargo, en la mirada de los Apóstoles habría algo distinto: el tiempo pasado con él durante la vida pública y la fe que ya se había ido formando en sus corazones les hacían intuir que esta primera idea no podía ser la verdadera: que no estaban ante un hombre impío y blasfemo, rechazado y maldecido por Dios. Esta luz que, en mayor o menor medida, se proyectaba sobre la visión del crucificado desde el corazón de los apóstoles iba a crecer con la experiencia de la resurrección. Cuando después del sábado vieron la tumba vacía y contemplaron y tocaron al resucitado, su fe creció en ellos y con esta fe pudieron volver a la imagen del crucificado, que se había quedado grabada en su alma y ver lo que ningún otro podía ver: al Hijo de Dios hecho hombre, llevando el

peso de los pecados de todos los hombres, consiguiendo la superación del pecado en un acto de amor perfecto hacia Dios y hacia los hombres, al Dios-hombre venciendo en la batalla definitiva, la del amor, entregando la vida para recuperarla de nuevo, muriendo para vencer la muerte. Las palabras de santo Tomás cuando toca el cuerpo del resucitado, las llagas de la pasión en el cuerpo de Cristo resucitado, la cruz del resucitado, expresan esta nueva mirada llena de luz: «*Señor mío y Dios mío*». El crucificado es el resucitado, vive y es el Señor, Dios verdadero...

Por tanto, ante una misma imagen, la de Cristo crucificado, tenemos al menos tres miradas diversas: lo que ven los soldados romanos, lo que ven los judíos piadosos, lo que ven los apóstoles —sobre todo lo que ven después, cuando cuenten con la experiencia de la resurrección—. Los tres tienen delante los mismos hechos, las mismas palabras, los mismos gestos. Pero solo unos pueden penetrar más allá de la apariencia y contemplar la verdad que allí se manifiesta. Solo la fe de los Apóstoles nos da acceso a la verdad de lo que allí acontece.

- Pues bien, como conclusión, de forma un poco esquemática, que habría que matizar: la Escritura, en su conjunto, nos da el testimonio de los hechos, de las palabras con los que Dios se revela. Pero solo la fe de los Apóstoles, que quedará plasmada en el Símbolo y que se explicará en las declaraciones dogmáticas y en el *Catecismo*, nos da la clave de comprensión de estos hechos. Por lo tanto, en la catequesis es necesario tanto lo uno como lo otro, la narración de los hechos y de las palabras de la Escritura y la luz de la fe de los apóstoles que nos da la verdadera comprensión y la verdadera luz sobre estos hechos. Los hechos testimoniados por la Escritura necesitan de la fe viva de los apóstoles, una fe que es percepción de la verdad (el credo), que es oración (el padre nuestro) que se alimenta y avanza hacia su meta en la celebración litúrgica de los sacramentos (siete sacramentos) y que implica un ponerse junto a Cristo y vivir con él (los diez mandamientos vividos conforme Cristo los vivió y los enseñó).
- Hemos tenido que dar un rodeo, pero ahora creo que se entenderá mejor la respuesta a la pregunta que nos hacíamos. La pregunta era: La catequesis tiene la función de enseñar la verdad de la revelación para suscitar y hacer crecer la fe de los que han de ser cristianos pero, ¿cómo muestra la verdad? ¿con la narración de la Escritura? ¿con la explicación del Símbolo y de las otras piezas como el Padre Nuestro, el Decálogo y el Septenario sacramental? La respuesta es que lo manifiesta con ambas. La catequesis muestra la verdad de la fe presentando lo que Dios ha hecho y ha dicho a lo largo de la Historia de la Salvación y enseñando la verdad última que, de estos hechos, nos descubre la fe apostólica, que es una fe viva, que se ha ido explicitando y creciendo en su

propia comprensión a lo largo de los siglos de la vida de la Iglesia, con los concilios y sus definiciones dogmáticas, con el Magisterio, con los Catecismos oficiales, etc. **No podemos separar Escritura y Fe Apostólica en la Catequesis.**

De una forma u otra ellas deben estar verdadera y profundamente imbricadas: Escritura y Catecismo, Escritura y el Símbolo, el Padre Nuestro, el Decálogo y el Septenario sacramental. Pero demos un paso más para entender cómo la catequesis puede mostrar la verdad. ¿Cuál es el ámbito, el espacio, donde la catequesis puede mostrar la verdad con la Escritura y la fe?

5. Se trata de describir ahora el ámbito donde la catequesis puede llevar a cabo su labor de mostrar la verdad. Es claro que el ámbito, el espacio donde se aprenden las matemáticas no es el campo de fútbol. Es claro que el ámbito, el espacio donde se aprende a jugar al fútbol no es el de la silla y la mesa del aula. Es claro que el lugar donde se aprenden los valores del matrimonio y de la familia es la misma familia, porque en la familia es donde pueden **vivir** esos valores. Es claro que para educar la percepción artística el ámbito adecuado es la asiduidad a las pinacotecas, a las salas de concierto, las bibliotecas o los grandes edificios de la arquitectura, porque según su forma propia solo en los cuadros vive la pintura, solo en la ejecución de una pieza vive la música, solo en este o aquel edificio vive la arquitectura. Y según eso, ¿cuál es el ámbito natural para que la catequesis muestre la verdad? Ese ámbito natural de la catequesis es la vida de la Iglesia. Pero es necesario profundizar en esta afirmación inicial.

- **La unidad de Escritura y Fe conlleva también la unidad con la vida de la Iglesia.** En efecto: la Escritura es el testimonio de un acontecimiento histórico irrepetible. Fundamentalmente el acontecimiento de Cristo. Ha acontecido una vez y es irrepetible. Ahora, ¿es solo eso? ¿Es solo historia pasada? Si fuese así, la función de la catequesis, llevar al hombre a la comunión con Cristo, sería algo del todo imposible, porque el hombre del presente no puede entrar en comunión con el hombre del pasado. El hombre de hoy, ¿cómo puede entrar en comunión, en relación verdadera con un hombre que vivió y murió hace más de 2000 años? Si alguien responde que ese hombre resucitó y vive en el cielo, la dificultad es casi la misma. ¿Cómo un hombre que vive en este mundo, que realmente no puede escalar el cielo hasta el trono de Dios, cómo puede este hombre entrar en relación real, real, real, con alguien que vive en el cielo?
- La comunión del hombre de hoy con Cristo solo es posible si Cristo está realmente presente en el mundo “humano” y si la fe de los apóstoles no es un mero documento escrito, un conjunto de verdades, sino una realidad también viva que nos da acceso a Cristo. Es decir, para que cualquier hombre de hoy pueda entrar realmente en comunión con Cristo, para que no sea una mera fantasía o una mera ilusión, es necesario que Cristo, del que nos habla la

Escritura, sea palpable en el hoy y en aquí, y que la fe apostólica sea también una realidad viva que realmente nos haga penetrar en la realidad íntima de este Cristo aquí (en este mundo, no en un mundo más allá del nuestro) y ahora (en este tiempo, no en el tiempo pasado o en el tiempo futuro). Pues bien, la Iglesia, el conjunto de los fieles, es el ámbito humano, la realidad de este mundo, donde Cristo resucitado vive y actúa en el hoy y en aquí. Es también la Iglesia la que mantiene la fe apostólica no solo como un conjunto de verdades, en documentos escritos o hablados, sino como una realidad viva que toca el misterio más profundo de Cristo. Por eso, fuera de la Iglesia no se puede conocer a Cristo en su verdad plena, no se puede alcanzar la comunión con él. Cualquier conocimiento de la persona de Cristo fuera de la Iglesia solo puede situarse en un ámbito teórico, no en el ámbito de la relación personal, solo puede llegar a una mera aproximación, las más de las veces solo teórica —en ámbito de la arqueología o de la historia, de la novela o del arte— que aun en el caso de que pueda ser verdadero, solo puede ser parcial, que no puede llegar a la relación personal de comunión.

- Por tanto, para concluir este punto, decimos que **la catequesis puede mostrar la verdad de Cristo no como una mera teoría, sino como una realidad personal con la que se puede establecer una relación humana, a través de la Escritura y de la fe apostólica, en el ámbito de la vida de la Iglesia.** Digamos lo mismo de otra forma: no se puede conocer y establecer una relación real y personal con Cristo si falta el testimonio de la Escritura. No se puede alcanzar a conocer y a establecer una relación real y personal con Cristo si falta la luz de la fe apostólica. **No se puede conocer y establecer una relación personal con Cristo, si no es participando de la vida de la Iglesia.** Y es que tanto la Escritura como la Fe son dos realidades eclesiales, que solo permanecen vivas en el interior de la Iglesia. De igual forma que es imposible separar Escritura y Fe, de igual forma es imposible separar estas dos de la Iglesia: el único ámbito donde **viven** y donde se pueden aprender.

6. **Recapitulemos** antes de seguir adelante. Ya hemos establecido el fin de la catequesis: la comunión con el Dios Trino, y cómo ese fin se consigue con la fe y la celebración del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía. También cómo la Iglesia debe desarrollar tres acciones para que un hombre pueda dar fe y celebrar los sacramentos. Y esas tres acciones son básicamente: la hospitalidad cristiana, la enseñanza de la verdad (aquí es donde se concentra el trabajo de la catequesis) y la acción litúrgica. Después nos hemos centrado en la acción propia de la catequesis: la de enseñar la verdad, mostrar la verdad para desarrollar y educar la fe. Y hemos visto que eso lo hace con la Escritura y con el Símbolo y su explicación, es decir, mostrando los hechos de la Historia de la Salvación donde Dios se ha revelado al

hombre e iluminando esos hechos con la fe apostólica que ha quedado plasmada en el Credo, que se ha explicitado y se ha ido aclarando progresivamente en las declaraciones dogmáticas, que se explica en el Catecismo. Así hemos visto que Escritura y Fe Apostólica (Símbolo, dogmas, Catecismo) son dos realidades inseparables en la catequesis. Nos hemos preguntado después cuál es el ámbito o el espacio natural de la catequesis. Hemos visto que ese espacio es la Iglesia, donde Cristo vive, donde vive la Escritura como Palabra viva y donde vive la fe apostólica.

Todo esto nos sirve para comprender el papel que tiene la Escritura en la Catequesis. Pero ahora vamos ya al uso directo de la Biblia en la catequesis. ¿Cómo debemos usarla?

II. LA UNIDAD SUSTANCIAL DE LA BIBLIA

Hay varios datos fundamentales que debemos aprender para usar la Biblia, tanto en la catequesis como en la predicación. Pero yo quiero ahora insistir en uno que muchas veces se olvida y que va a ser una afirmación clave para todo lo que quisiera desarrollar en esta asignatura. Y es que la Biblia es una unidad. Y este dato hay que subrayarlo y tenerlo siempre en cuenta.

Esta afirmación viene a responder a una pregunta que por motivos diversos está siempre en el ambiente. La pregunta podría formularse así: ¿En la catequesis debemos usar tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento o solamente el Nuevo Testamento? Algunas veces esta pregunta esconde solo la dificultad que tiene la comprensión del Antiguo Testamento. A primera vista, a muchos les parece más fácil el Nuevo Testamento. Aunque ya os adelanto que es una opinión falsa, porque quien no conoce el Antiguo Testamento no se entera de nada de lo que cuentan los Evangelios, aunque él crea enterarse.

En algún caso la pregunta se formula así: ¿No es cierto que el Antiguo Testamento ha quedado superado por el Nuevo y que, por tanto, basta que nos centremos en el Nuevo Testamento? A veces lo que hay detrás de esta pregunta es pura ignorancia, puro desconocimiento tanto del AT como del NT. Pero normalmente el deseo de separar ambos testamentos, el deseo de separar al Dios Creador y al Padre de Jesucristo, el deseo de separar, sin más, a Dios de Jesús, tiene detrás algo más peligroso que la mera ignorancia.

A nosotros esta idea de separar AT y NT nos puede parecer más o menos nueva. Nos puede parecer que es el hombre moderno el que se ha dado cuenta de que un Dios vengativo y justiciero, que según algunos es la imagen que se desprende del AT, no cuadra con el Dios misericordioso del NT. Sin embargo, la tentación de separar el Antiguo Testamento de Cristo

no es nueva. Está presente desde el principio de formas diversas y ha debido ser superada una y otra vez en la historia de la Iglesia.

Vamos a dos momentos de la historia donde se ha querido separar Antiguo y Nuevo Testamento.

1. La separación del gnosticismo doceta y el maniqueísmo: acomodar la imagen de Dios a la cultura dominante y al poder.

En el s. II ya san Ireneo de Lyon tuvo que hacer frente a este doble intento, el de separar la Biblia de la Iglesia y separar el Antiguo del Nuevo Testamento. Fue lo que quiso hacer el gnosticismo, una corriente de espiritualidad que se llamaba a sí mismo cristiana, pero que no lo era. Su intención era ofrecer una imagen de Dios que fuese acorde con los tiempos en los que vivían. Les parecía que debían ofrecer una imagen adaptada de Dios para que fuese atractiva y asumible por el hombre de su época. Esta es siempre la tentación que subyace bajo toda forma de censura sobre la Escritura. Porque esto es lo que se hace, censura, cuando se separa el Evangelio del AT, a Jesús del Dios de Israel, al Dios de Israel del Dios Creador de todo. Ofrecer una imagen de Dios no tal cual él se ha revelado, sino tal cual creemos que es buena para nosotros o para nuestros contemporáneos. Supeditar a Dios a la cultura dominante y al poder. Acomodar el cristianismo a la mentalidad dominante. Esto es lo que quisieron hacer los gnósticos y es lo que muchas veces queremos hacer nosotros, aunque sea a veces inconsciente. Uno no se da cuenta de que su mente ha sido formateada por la mentalidad común, por la mentalidad dominante y cuando se enfrenta con la Escritura dice: "no puede ser". Prefiere poner en duda la imagen de Dios que se desprende de la Escritura que poner en duda la imagen de Dios que él tiene en la cabeza.

Los gnósticos llevaron a cabo una separación entre el Dios de Jesucristo y el Dios de la Creación que hoy nos puede resultar muy curiosa. Algunos gnósticos decían: el Dios creador no es el mismo que el Padre de Jesucristo. Son dioses diversos. De hecho podríamos traducir en nuestro lenguaje que, según aquellos gnósticos, el Padre de Jesús había enviado a su Hijo para librarnos de la creación, de las leyes naturales. La creación es mala, impone un sinnúmero de límites al hombre: Jesucristo ha venido a liberarnos de eso. En el fondo: el Dios de Jesucristo viene a liberarnos del Dios de la creación.

Los maniqueos, que fueron una secta posterior, también separaban y distinguían: un dios malo creador de la materia y un dios bueno creador del espíritu. La materia es lo que nos ata, el espíritu es lo que nos da libertad. La materia tiene sus normas, sus límites, el espíritu es libre. En lo que a nosotros nos interesa, las conclusiones de los gnósticos docetas y de los maniqueos iban a ser parecidas.

La separación que hacían los gnósticos entre el Dios creador y el Dios de Jesucristo; la separación que hacían los docetas entre un Dios creador de la materia y un Dios creador del

espíritu, puede parecernos a simple vista anecdótica. Pero si lo pensamos bien lo que hay de fondo en esas distinciones está de plena actualidad en nuestra época.

¿Por qué digo esto? Porque hoy asistimos a un intento del hombre de separarse del orden natural, de imponer su voluntad, sin límite, por encima de la naturaleza. Como si el hombre no formase parte de un universo natural que tiene sus leyes. El hombre lleva ya un siglo viviendo en contacto directo con un universo fabricado por él mismo, es el universo de las ciudades y de su propia obra. Ya no hay un acceso directo a la creación. Vamos al campo para pasear, para descansar, pero ya no sentimos experimentalmente que vivamos dependientes del universo creado, como nuestros abuelos o nuestros bisabuelos, ahora dependemos de lo que fabricamos nosotros, de nuestras casas, de nuestra calefacción o de nuestro aire acondicionado, de nuestra electricidad, de nuestras medicinas, de nuestras máquinas. El proceso de separación del mundo natural, del mundo que no nos damos a nosotros mismos, ha sido lento pero firme y ha creado en nosotros la ilusión de que estamos por encima de las leyes naturales, de que no existe la naturaleza, que lo único que cuenta es nuestra voluntad (lo que queramos hacer) y nuestra técnica (lo que realmente el progreso científico técnico nos permite hacer).

Este camino emprendido por el hombre ha llevado a algunos a unos extremos tremendos. Pongamos solo dos ejemplos que están a la orden del día. El primero es la exaltación del derecho a decidir, un derecho que ya no es si estudio medicina o derecho, de si me caso o no me caso, sino un derecho a decidir ilimitado que se pone incluso por encima de la biología. Derecho a decidir, por ejemplo, si uno es hombre o mujer. Puede que la naturaleza, la biología, te diga: “eres varón”; pero tú dices: “no, yo quiero ser mujer, así que lo soy, aunque tenga pene”. El segundo ejemplo es la exaltación de lo que se llama “derecho a la muerte digna”, que debería llamarse, en realidad, “derecho de suicidio”, o “derecho de que otros me suiciden”, o también “derecho de los fuertes a decirle a los débiles: ¿no veis que sois una carga, que nos cuesta mucho dinero y esfuerzos atenderos, que además nos produce pena veros en ese estado lamentable? ¿no será mejor que os suicidemos?”. Son dos ejemplos de la exaltación de la voluntad, por encima de la Verdad, por encima del Bien.

En uno u otro caso, todos estos estarían encantados con los gnósticos docetas y con los posteriores maniqueos en afirmar la existencia de un Dios que viene a liberarnos de las limitaciones que nos impone la creación, es decir, un Dios que nos libera de Dios. Un Dios bueno —se supone que el del NT— que viniese a liberarnos de un Dios malo —se supone que el Dios del AT—. Un Dios bueno, el que termina identificándose y confundiéndose con el hombre solo y que exalta su libertad, por encima del Dios, que está enfrente del hombre y al que el hombre no puede manipular, de un Dios creador de la materia y de las cosas, también creador del hombre, todos con sus propias leyes naturales, leyes que hablan de una Verdad y de un Bien que la libertad del hombre no puede saltarse sin destruir la creación y sin destruirse a sí mismo.

Frente a los gnósticos antiguos y modernos —e insisto en que los modernos gnósticos son los que exaltan la libertad por encima de la verdad y el bien— nosotros decimos: no. Hay un

único Dios. Siguiendo al propio san Ireneo, diremos que existe un único Dios, que es al tiempo el Creador y el Padre de Jesucristo. Que este Dios único ha establecido la creación con un orden dentro del cual —no fuera, sino dentro—, el hombre puede crecer hasta recibir el gran don de la vida divina por medio de Jesucristo, que es la verdadera superación de toda limitación. La superación de los límites que experimentamos no se da al margen de la creación ni fuera de ella, sino en ella, ya que el Hijo ha entrado en ella y, en ella, como hombre verdadero, ha realizado la salvación. Más aún, que la salvación eterna y la divinización del hombre no implica dejar atrás y al margen la obra creada, porque al hacerse hombre el Verbo se ha hecho “cabeza” de toda la creación, y al resucitar y ascender al cielo, al entrar como hombre en el seno de la Trinidad, recapitula toda la obra de la creación y de la redención y la introduce en el ser de Dios: **«Hay, por tanto, un solo y mismo Dios que pliega el cielo... que hizo las cosas temporales por el hombre, para que logrando entre ellas madurez, dé por fruto la inmortalidad»**¹.

La tentación del gnosticismo doceta y del maniqueísmo siempre está latente y muchas veces es solo la excusa para la inmoralidad: cuando uno desea hacer lo que quiera con su cuerpo, no hay nada mejor que decir que el cuerpo no tiene nada que ver con el alma, que es algo totalmente externo a nosotros mismos y que por lo tanto lo que hagamos con él no tiene repercusión sobre lo que el hombre es en realidad. Os pongo un pequeño ejemplo. Imaginad que vuestro esposo o vuestra esposa os dicen un día: «Mari Pepa, me he acostado con la vecina, te lo digo para que lo sepas, pero no te preocupes porque no te soy infiel, aunque le dé mi cuerpo, mi corazón es solo para ti». Aquí se ve claro que la separación entre alma y cuerpo, entre un Dios Creador de otro que vendría solo a salvar nuestra alma y a liberarla, sería la excusa perfecta para todo tipo de inmoralidad. No solo para el adulterio, sino también para olvidarse de las necesidades materiales de los pobres, de los débiles o de los enfermos, es la excusa perfecta para el hedonismo, es decir, la búsqueda del placer a cualquier precio. Y podría ser la excusa perfecta para la ideología de género.

Sin embargo, además de los oscuros motivos que se esconden tras el intento de separar Biblia e Iglesia, Antiguo y Nuevo Testamento, más allá de sus tremendas consecuencias morales, la realidad es que ese intento violenta al propio texto de los libros de la Biblia. Pongamos solo un ejemplo, un ejemplo doble, de cómo el Nuevo Testamento se considera en relación directa con el Antiguo Testamento. Y es solo un ejemplo.

Todos sabemos que el primero de los libros del AT es el libro del Génesis. Pues bien, en la época en que fueron escritos los evangelios, existían dos grandes versiones del texto de este libro del Génesis —de todo el AT, en general—: la versión hebrea y la versión griega, también llamada versión de “los Setenta” —LXX—, o “Septuaginta”, que data del s. II antes de Cristo. La versión más extendida en tiempos de Jesús, la que normalmente citan los escritos del NT es la versión griega, la versión de los LXX.

¹ IRENEO DE LYON *Adversus Haereses* IV,5,1. En: A. ORBE. *Teología de s. Ireneo* IV (BAC. Madrid 1996) 33

El título que el primer libro de la Escritura recibe en la versión de los LXX es el siguiente: βίβλος γενέσεως (biblos geneseos), traducido al castellano: «**Libro de las generaciones**» o «**Libro de los orígenes**». El nombre que nosotros damos a este libro, «Génesis» viene de este título griego. La misma expresión aparece varias veces más en la versión griega (así en Gn 2,4a y 5,1).

Pues bien, ¿cómo creéis que empieza el primer libro del NT, el evangelio según san Mateo? El primer versículo que nos encontramos cuando abrimos el NT (Mt 1,1) dice así: «**Genealogía de Jesús...**». Esta es la traducción que solemos encontrar siempre en español. Pero la primera palabra, “genealogía” es la traducción de dos palabras griegas: «βίβλος γενέσεως». ¡Efectivamente! Las mismas que dan título al primer libro del AT en su versión griega. Cuando traducimos «Libro de los orígenes» o «Libro de las generaciones» por «genealogía», traducimos bien porque tomamos la palabra “libro” en su sentido de “documento” o de “escrito”, no en el sentido de “volumen”.

Hasta aquí la primera parte del ejemplo. Ya con esto se ve que el Nuevo Testamento ha sido escrito como continuidad con el AT. No hay rastro alguno de querer marcar separación alguna, sino todo lo contrario. Pero dijimos que el ejemplo era doble, continuemos con la segunda parte del ejemplo y para ellos vayamos a la versión hebrea del AT.

En la versión hebrea el primer libro no tiene título y sencillamente se designa con la primera palabra que aparece en él, que es —en la transcripción del hebreo—: *bereshit*, que se traduce en español como “**en el principio**”.

¿Y cómo empieza no ya el primero, sino el cuarto evangelio, el de san Juan?: «*En el principio...*». ¡Efectivamente! El cuarto evangelista usa para el comienzo de su evangelio la misma palabra que aparece en el primer libro del AT en su versión hebrea.

Es un ejemplo, solo un ejemplo, de los miles que podríamos traer, pero bien elocuente, de cómo los escritores del NT entienden que lo que ellos van a escribir está en continuidad con los libros sagrados del pueblo hebreo, con lo que entonces llaman unos y otros «*Las Escrituras*». Porque hay que decir que cada vez que esta expresión aparece en el NT se refiere a los libros de lo que nosotros llamamos el AT, ya que los libros del Nuevo no estaban todos escritos y no formaban un conjunto definido.

«Es sugestivo que las primeras palabras de San Mateo evoquen el título del primer libro de la Biblia según la versión griega (βίβλος γενέσεως), como las primeras de san Juan evocan el hebreo («en el principio...», «bereshit...»). En Jesucristo, Mesías (dice Mateo) y Palabra (dice Juan), recomienza la historia de la creación»².

² ISIDRO GOMÁ CIVIT, *El Evangelio según san Mateo I* (Marova. Madrid 1976) 15

2. La separación llevada a cabo por la reforma luterana³

Desde el s. XVI la Iglesia ha tenido que hacer frente a otro intento de separar la Biblia de la Iglesia y el Antiguo del Nuevo Testamento, bajo la forma de separación entre “la Ley” y “la Gracia”. Es la separación llevada a cabo por la reforma luterana.

No vamos a remontarnos ahora a los postulados de dicha reforma. Sencillamente describiremos cómo ha llegado a influir en la vida de la Iglesia católica en el presente. — Bueno, es claro que las influencias son muchas, nosotros solo nos vamos a referir a algo muy concreto—. Y es que lo que nació en el luteranismo es tan actual que os será familiar, porque ha calado muchas veces en la predicación. Se ha dicho —o se dice—: El Nuevo Testamento es Evangelio, es Gracia, es don, es Misericordia. Mientras que el AT es Ley y Condenación. Así, el Nuevo Testamento supera y deroga el Antiguo Testamento. El Antiguo y el Nuevo Testamento son contrarios, como contrarios son la Ley y el Evangelio, el mérito y la gracia, la justicia y la misericordia. Así, el Evangelio vendría a significar la abolición de la Ley.

Se ha dicho también: el AT es distinción entre lo sagrado y lo profano, mientras que en el NT esa distinción se ha anulado, ya que Jesús, un hombre que no es sacerdote, que no está dentro del ámbito de lo sagrado, es la manifestación de Dios. A partir de él el culto ya no es lo importante, sino que lo profano, lo meramente humano es ya sagrado, eso es lo realmente importante, la salvación está en el mismo hombre, en su vida cotidiana. El culto, la liturgia es una celebración de la vida, de lo que el hombre ya vive. El hombre no debe aspirar a más que a lo que vive de forma cotidiana. Este planteamiento ha llevado, por ejemplo, a la desacralización del culto católico, de la liturgia, a la pérdida de los signos que hacían presente lo sagrado, lo divino. ¡Hay que hacerlo todo más cercano! ¡Hay que hacer que el culto, la liturgia sea expresión de la vida!

Esta separación del Evangelio como contrario a la Ley, de lo sagrado como contrario a lo profano, se basa a su vez en la contraposición, dentro del Antiguo Testamento, entre Ley y Profetas. En esta visión la Ley se identifica con el culto y lo que atañe a los sacerdotes; mientras que la dimensión profética se identifica con la crítica del culto y con una ética que no encuentra a Dios en el Templo y en su culto, sino en el prójimo. Todo lo cultural y litúrgico se mira en la perspectiva de la Ley y la piedad profética en la línea de la gracia de Dios, del Evangelio.

Así, el Evangelio es interpretado como parte de la corriente profética, como anti-cultural y como exaltación de la pura humanidad profana.

Sin embargo, aunque hoy no nos dé tiempo ya a traer algunos ejemplos, un análisis de la Escritura no resiste estas separaciones y contraposiciones entre Ley y Gracia, entre culto sagrado y vida profana, entre AT y NT

³ Aquí sigo a J. RATZINGER, *El Camino Pascual* (BAC. Madrid 1990) 169-170; 185-189

3. Conclusión

En nuestra asignatura partiremos de este dato fundamental: la Escritura, la Biblia, es una unidad, que refleja la Unidad del Dios Trino y de su único designio salvífico, de la única obra de la Salvación humana, que abarca desde la creación hasta la parusía y que tiene como centro la Encarnación de su Hijo.

Este será el segundo punto fundamental que guíe nuestra exposición. El centro neurálgico que da cuenta del sentido unitario de la Escritura y que muestra el verdadero sentido del conjunto es la persona del Hijo de Dios hecho hombre, plenitud de los tiempos y clave de toda la Escritura.

Hablaremos de ello ya el próximo día.